

***(*) FRIDA NATURALEZA VI-
VA (México, 1985, de Paul Leduc,
con Orieta Medina, Juan José Guero-
la, Max Kerlow). Entre biografías y
retirato (llamado de la pintora Frida
Kahlo, el realizador prescinde de la
cronología, desdota la transcripción
de los cuadros de la protagonista,
acude aún a los documentos apócri-
fos para suscitar un encuentro en que
las diversas formas de expresión con-
vocadas se penetran y fecundan.
(Princesa, Sala 1, a las 16.15, 18.20,
20.25 y 22.30.)

“Antonieta”

Decadencia con secuelas

Preguntado no hace mucho Paul Leduc, en estas mismas páginas, sobre la contribución que al conocimiento de México habían aportado los grandes cineastas extranjeros que de tanto en tanto le habían acordado su inspiración, contestó que ninguno (y ese ninguno incluía a Eisenstein y Losey; Buñuel, como siempre, formaba rancho aparte), ninguno, digo, dijo, podía figurar fuera de la galería de los malos ejemplos. Y aun de los peores: es el caso de esta biografía de Antonieta Rivas Mercado (*), que perpetran Carlos Saura y el libretista Jean-Claude Carrière, a costa de una contemporánea de Frida Kahlo y Tina Modotti, que se asoman también por allí, haciendo benévolamente quorum en alguna escena de (casi) masas. La protagonista —por lo que recoge la anécdota— profesó poesía y política, contravino usos y costumbres, desoyó los dictados del sentido común, padeció fracasos en cadena, tanto en la experiencia pública como en la vida privada, y concluyó, víctima de la simbología que el libreto le impone tanto como de sus tendencias depresivas, suicidándose ante el altar de Notre Dame, al borde del Sena no más.

Por lo que se puede entrever, este anecdótico pre-
texto una reflexión sobre las disfunciones de la cultura

mexicana en particular, latinoamericana, en general, su
endémica ineptitud para la acción, su divorcio de la rea-
lidad. Pero esas teorizaciones exigían una información
que los responsables están muy lejos de acreditar, co-
mo no sea por algunas supuestas anotaciones folclóri-
cas a las que se atribuye un signo más bien exorbitante.
La hipérbole es un recurso legítimo como el que más,
a condición de que lo exagerado no se presente como
un atributo del objeto sino como una disposición (pre-
disposición) del observador; de otra forma, el produc-
to deriva, y éste es un ejemplo, en la mera caricatura
encubierta. Saura no parece haber avanzado mucho
más allá de las crónicas de viaje a las Indias, con su gusto
por la fabulación, el lugar común y los golpes bajos.
Amén de una estructura totalmente arbitraria, desarro-
llada en dos tiempos cruzados que se instauran con el
único pretexto de incluir a Hanna Schygulla en un relato
donde no tiene personaje que encarnar ni función
dramática que cumplir. Casi todo es así de gratuito,
menos las leyes de la decadencia, de las que este ejem-
plar puede ser un alarmante síntoma precoz.

José Wainer

(*) España, 1982. Cerdón, jueves 27.